



# MAX WEBER EN CUBA

*Marlene AZOR HERNANDEZ*

**L**as condiciones económicas y políticas del país que recibe una obra —creada en otro tiempo y dentro de otra cultura—, forman parte del contexto de su interpretación. Esta depende tanto del ambiente intelectual e ideológico del momento en que se realiza ese ejercicio de interpretación como también de manera determinante de los autores a través de los cuales se realiza la lectura del pensador en cuestión. No obstante se lea al autor de primera mano, su estudio estará custodiado por varios intérpretes para facilitar su comprensión. Serán más importantes los exégetas de mayor autoridad dentro del campo académico de que se trate, y también de la corriente teórica y de pensamiento a la cual se le atribuya mayor validez de conocimiento. No menos significativo resulta lo accesible de la información. En el caso de Max Weber, existe una extensísima bibliografía sobre su obra y sin embargo, en el momento de su difusión en un país, quienes le socializan no cuentan con todos los estudios publicados hasta el momento, ni con la totalidad de la obra del autor. El sesgo inevitable, consecuencia de los elementos apuntados, es pocas veces explícito, a no ser

cuando se asume la posición crítica de la sociología del conocimiento.

Admitir este enfoque potencia nuevas perspectivas de análisis, porque a través de la reflexión de la sociología del conocimiento es posible seguir los itinerarios interpretativos a que ha sido sometida la obra de un autor y explicar los cambios en la lectura de una misma obra, una vez que varían las situaciones histórico sociales y —dentro del propio campo de las ciencias sociales— las formas de legitimar el conocimiento, es decir, cuando se transforman las condiciones de producción del conocimiento.

En última o tal vez en primera instancia, la postura debe ser la de mantener vivo el diálogo con nuestros antecesores —como cultura universal— para enriquecer nuestras propias fuentes argumentativas. Como dice Pierre Bourdieu, recurrir «a ellos como a “compañeros” en el sentido de la tradición artesanal, a quienes se puede pedir una ayuda momentánea en las situaciones difíciles» (1).

En 1971 se publican en Cuba por primera vez los dos tomos de *Economía y sociedad* por la editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. El prólogo que acompaña la publicación fue escrito por el joven intelectual cubano Germán Sánchez (2), participe junto a otros intelectuales revolucionarios de la década de los sesenta e inicios de los setenta en el desarrollo de las ciencias sociales cubanas en el contexto de una revolución que intentaba transformar sociedad y pensamiento con las grandes metas de subvertir y superar los límites de la civilización capitalista occidental.

Otros prólogos aparecen en esta edición: el de la cuarta edición alemana de Johannes Winckelmann, dando cuenta de las diferencias entre ésta y las anteriores ediciones alemanas.

---

(1) En *Cosas dichas*, primera parte «Itinerario», Gedisa, Barcelona, España, 1993, pág. 38.

(2) Germán Sánchez formó parte del grupo que se nucleó alrededor de la revista *Pensamiento crítico* y del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana en esa época. La revista publicó el pensamiento de izquierda más avanzado de todas las latitudes mientras existió. El Departamento se encargó de formar varias generaciones de filósofos y sociólogos en el mejor espíritu del marxismo, flexible y abierto a otras tradiciones y con alto rigor formativo. La lectura del texto de Germán Sánchez es evidencia del valioso aporte intelectual de este grupo, que a través de la revista y de la actividad formativa del Departamento marcaron un hito fundamental en el desarrollo de las ciencias sociales cubanas. La creación y cierre de ambas instituciones fue el resultado de la política orientada por la dirección del gobierno revolucionario.

La presentación a la primera edición en español del Fondo de Cultura Económica a cargo del especialista y editor José Medina Echavarría, con algunos datos biográficos de Max Weber y una breve reflexión sobre la monumentalidad y erudición de este hombre, conocedor de las dimensiones de la política y la ciencia, aunque se inclinó siempre por la última.

Para concluir la presentación de la edición cubana, aparecen apenas tres párrafos de los prólogos de Marianne Weber escritos para la primera y segunda edición en alemán. La edición cubana se toma de la segunda edición de la editorial Fondo de Cultura Económica.

En sus treinta páginas, el breve ensayo del cubano Germán Sánchez resulta el más sustancial por su intención explícita de introducir al desconocedor de la obra de Weber en sus conceptos fundamentales, en las influencias teóricas de antecesores o contemporáneos al autor y en ubicar a Max Weber desde una perspectiva marxista.

Nuestra intención es mostrar cómo un contexto socio-histórico determinado privilegia un tipo de interpretación de la obra de Weber que, vista más de 25 años después, ya no es consensual en los sociólogos que estudian los aportes de Weber a nivel internacional o entre los investigadores cubanos. Algunos enfoques interpretativos han cambiado radicalmente, tal es el caso de entender la teoría weberiana sólo como la respuesta burguesa a la obra de Marx. Otros se han modificado parcialmente, por ejemplo la aparente paradoja entre un estudio de los valores que orientan la acción social y la exigencia de una neutralidad axiológica pura en el investigador social y por último los enfoques que defienden el estudio de la coherencia interna de la teoría weberiana, desde sus propios códigos, como una postura seria y rigurosa para entender la obra de un pensador, enfoque que mantiene plena vigencia.

La reflexión crítica que aquí se ofrece va a discutir estos enfoques anteriores teniendo como referente el prólogo a la edición cubana. Luego analizaré algunos de los aspectos no tratados en ese prólogo, como lo relativo a la burocracia y los tipos de dominación en Max Weber a través de la lectura del marxista inglés Robin Blackburn (3).

Esta segunda parte, también muestra el enfoque de acceso a Weber que recibe el lector cubano, a partir de la publicación del

(3) Robin Blackburn, «Introducción a la cultura burguesa», *Pensamiento crítico*, 34/35, La Habana, 1969, págs. 3-51.

artículo de Blackburn en la revista *Pensamiento crítico* dos años antes de la publicación de los dos tomos de *Economía y sociedad*.

Ambos textos permiten entender la visión que se socializa en Cuba a finales de los sesenta e inicio de los años setenta del pensamiento de Weber, y analizar algunos de los prejuicios presentes alrededor de la obra de este clásico de la sociología alemana, en aquellos que apresados por una visión signada por un contexto histórico social específico asumieron una interpretación de Weber de una vez y para siempre, sin acudir a nuevas lecturas directas del autor a la luz de los cambios que en todos los órdenes (históricos, sociales y en las ciencias sociales) han ocurrido en los últimos treinta años en Cuba y en el resto del mundo.

### **Max Weber y el fantasma de Carlos Marx**

Entre las razones que explica Germán Sánchez para la publicación de la obra *Economía y sociedad* en Cuba están: «Weber representa el índice más completo de la reacción de la cultura burguesa ante la teoría de Marx y, por consiguiente, el estudio de este pensador alemán, de su gigantesco esfuerzo teórico, permite que se comprenda más certeramente por qué el marxismo es una revolución teórica que se adelanta a su tiempo» (4).

Referiré dos niveles de condicionamiento que explican esta forma de interpretar a Weber.

En primer lugar existe un consenso de esos años entre pensadores marxistas y no marxistas acerca de que la obra del pensador alemán se construye no sólo en diálogo sino como respuesta descalificadora de la teoría de Marx. En segundo término, el contexto histórico de la Revolución cubana como proceso de transformación social y las coyunturas específicas de finales de los sesenta e inicios de los setenta en Cuba, favorecen del mismo modo una interpretación sobre otra. Las influencias marxistas en la Cuba de los sesenta también posibilitan esta socialización.

### **El consenso escindido**

El XV Congreso alemán de Sociología en Heidelberg (1964) dedicó sus labores a celebrar el centenario del nacimiento de Weber. El acontecimiento está referido en el prólogo de Germán

---

(4) Prólogo a la edición cubana, *Economía y sociedad*, Tomo I, pág. X.

Sánchez y es precisamente este congreso el que marca un punto de inflexión en el debate sobre Weber. Hasta allí y desde la década de los años treinta, la visión consensual es contraponer las dos figuras y señalar a Weber como el contrario teórico e ideológico de Marx. Por ello se cita en el prólogo cubano a los autores Raymond Aron y Julien Freund, en las ponencias de ese evento y para argumentar en Weber «la refutación empírica del materialismo histórico» o «la réplica al dogmatismo escolástico del marxismo», respectivamente.

Esa visión permanecerá en el ámbito académico cubano hasta la década de los noventa, salvo raras excepciones. Las razones las explicaremos más adelante. Dicho sea por el momento que las transformaciones en Cuba de la década de los setenta eliminarán la posibilidad de acercarse a Weber desde otras perspectivas.

En 1935 Raymond Aron publica *La sociología alemana contemporánea* en la que ve a Weber como el gran expositor del liberalismo europeo en contraposición a los totalitarismos del Este y Oeste europeo, y en 1937 aparece la versión de Talcott Parsons de la obra del pensador alemán en su libro *La estructura de la acción social*. En ella Weber es transformado en el teórico opuesto a Marx y defensor de las tesis de Parsons de la autorregulación social basada en la variable cultural (5). Estas dos vertientes son consensuales en los teóricos no marxistas y la versión de Parsons tendrá no sólo influencia en los EEUU sino en todo Occidente por la supremacía que alcanza la sociología norteamericana de la posguerra.

Existen otros enfoques en los EEUU pero no logran formar consenso. Hans Gerth, proveniente de la Escuela de Francfort, y Charles Wright Mills, sobresaliente sociólogo norteamericano, traducen otros textos de Weber y los acompañan de una Introducción que impugna la versión parsoniana de Weber, en fecha tan temprana como 1946.

Para ellos, la obra del sociólogo alemán no podía fundamentar el consenso social sino todo lo contrario, y Weber habría descubierto la alineación a la cual conduciría la sociedad moderna en las instituciones y en las maneras de gestión administrativa, como Marx lo había hecho con respecto al proceso de producción. Así vistos, ambos pensadores alemanes no resulta-

(5) Julio Pinto, «Max Weber y la teoría social y política de nuestro tiempo», en *Max Weber y la teoría social y política contemporánea*, 3, Colección Estudios de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina, Julio Pinto (coautor y compilador), pág. 7.

ban opuestos sino complementarios, pero sólo tres décadas después esta perspectiva logró abrirse camino.

También en 1960 Reinhard Bendix publica *Un retrato intelectual*. En este texto, Bendix rescata la posición histórica y comprensiva de la sociología weberiana y rechaza las argumentaciones de Parsons. No es Weber el polo opuesto de Marx, porque el autor no lo concibió así. Se ha polarizado a las dos figuras argumentando que Weber se ocupó de estudiar los intereses ideales para el cambio social, mientras Marx estudió las causas materiales. De esta forma se olvidaba la pluralidad de intereses materiales e ideales analizados por Weber y se partía de una simplificación de la teoría de Marx, en boga a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del presente siglo.

Bendix se opone también al sentido evolucionista que percibe Parsons en Weber y señala el carácter histórico y por lo tanto singular en los análisis del sociólogo alemán (6).

En la tradición marxista existen antecedentes que descalifican a Weber. Tal es el caso de Georg Lukacs, quien mantuvo una relación personal con él y recibió su influencia. Sin embargo en *El asalto a la razón* (1954) llega a ubicar al sociólogo alemán «entre los cultores de un irracionalismo que culmina en el nazismo» (7).

La importancia de Lukacs entre los prominentes marxistas de la primera mitad del siglo influye en la visión de los marxistas posteriores. Sin embargo, no es ésta la interpretación que se socializa en Cuba en forma directa. Son tres los textos fundamentales que llegan a los lectores cubanos. El artículo de Robin Blackburn a que hemos hecho referencia, el prólogo centro de nuestro análisis y un artículo de Hebert Marcuse, publicado en la revista *Pensamiento crítico* (8). Estos autores están en diálogo, digamos, antagónico con Max Weber, pero a través de las interpretaciones del momento que sobre el autor realizan pensadores no marxistas, las cuales se relacionan con las implicaciones políticas de varios conceptos weberianos (sociedad industrial, carisma, racionalidad, etcétera), también con la discusión sobre el evolucionismo en la obra de Weber y no con el irracionalismo filosófico acuñado por Lukacs. Los antagonismos teóri-

---

(6) Julio Pinto *op. cit.*, pág. 10.

(7) *Idem.*, pág. 8.

(8) Herbert Marcuse, «Max Weber: racionalidad y capitalismo», en *Pensamiento crítico*, 20, septiembre 1968, págs. 146-164.

cos e ideológicos son el signo de los sesenta y parte de los años setenta. Sobre el telón de fondo de la guerra fría y de la polarización del mundo entre dos sistemas político-económicos opuestos —el socialismo y el capitalismo— ocurre una serie de acontecimientos reveladores de una ola revolucionaria internacional.

En esos años se produce la descolonización de los países africanos, el movimiento de protesta cultural encabezado por los estudiantes en mayo del 68 en París y de onda expansiva en Europa y los EEUU, el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y el auge del movimiento guerrillero en América Latina. Es una década de cambios radicales que exacerban los antagonismos y colocan a la orden del día el cuestionamiento del *statu quo* de la posguerra. Este ambiente político e intelectual tiene evidente resonancia en el debate ideológico dentro de las ciencias sociales, y la interpretación de Max Weber no escapa a esta polémica.

Desde los años treinta, la discusión en las ciencias sociales y particularmente en la sociología está polarizada alrededor de dos paradigmas: de una parte el funcionalismo y el estructural-funcionalismo (a través de la versión de Durkheim y Parsons), y de la otra, todas las corrientes del marxismo. Ambas escuelas teóricas alinearán autores en un debate por dominar el espacio académico y convertirse en paradigma único a semejanza de las ciencias naturales. Este afán positivista comienza a desaparecer a finales de los años setenta e inicios de los años ochenta, al reconocerse la validez de múltiples paradigmas para analizar los fenómenos sociales. Pero indudablemente tal polarización significó «un contraste de mutua legitimación y coartada, que podemos denominar de consenso escindido, entre dos corrientes que se legitiman mutuamente en su oposición y que impedirá entender la profundidad de algunos de los herederos de [una] tercera vía» (9), entre los cuales se encontraba Max Weber.

Autores franceses señalan una dicotomía similar:

«Hoy somos testigos de un culto cerrado: la idolatría de la cual primero Marx y después Durkheim son objeto. Los devotos de uno u otro ídolo reconstruyen toda la historia de la sociología como si se tratase de una sucesión ordenada de etapas que conducen al gran hombre al santuario o al trono. No es sólo el pasado de nuestra disciplina el que ha sufrido amputaciones ab-

(9) Emilio Lamo Espinosa, José María González García y Cristóbal Torres Albero, *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza, 1994, págs. 45 y 46.

surdas. Su futuro, por así decirlo, está hipotecado por la necesidad de culto. Los sacerdotes deciden a través de la boca del ídolo y de manera soberana lo que está de acuerdo con el espíritu o el método sociológico. A nombre de la Tradición, rechazan las preguntas y las hipótesis heterodoxas» (10).

Si bien el prólogo a la edición cubana no confunde la figura de Weber con las corrientes del funcionalismo y el estructural-funcionalismo, su obra aparece como la influencia decisiva para esas escuelas.

Explícitamente el prólogo de Germán Sánchez, al comparar la figura de Emile Durkheim y de Max Weber dice que nadie se interesa por las ideas políticas y morales del primero, mientras que la importancia del segundo es decisiva para la sociología en la mayor parte del siglo XX. Como es conocido, Durkheim tiene una postura política y conceptual similar a Weber con respecto al futuro de una sociedad socialista, lo cual confirma que por encima del estudio de la obra misma del sociólogo alemán el debate se centra en las implicaciones ideológicas de sus contenidos a través de la lectura de autores no marxistas, y las respuestas que suscitó desde un enfoque marxista igualmente permeado de consideraciones políticas e ideológicas. El problema no está en que las consideraciones de este tipo no sean válidas, sino que visto el debate desde hoy, la «ética productivista», el carisma, la dominación, la burocratización y la presencia cada vez mayor de la ciencia y la tecnología en las instituciones sociales, es decir, la racionalización, fueron fenómenos igualmente constatables en el desarrollo de todos los socialismos de Estado de este siglo, más allá de los debates ideológicos que intentaban derrotar al marxismo.

Ninguno de los movimientos revolucionarios de este siglo ha logrado superar la racionalidad capitalista, en sentido neto, aún cuando intentaran alejarse de su funcionalidad en los primeros momentos del cambio.

### **La Revolución cubana como contexto interpretativo**

El prólogo a la edición cubana comienza citando un evento recién concluido en la Ciudad de La Habana (mayo 1971), el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. Este congreso marcará el fin de una etapa en la política cultural del so-

---

(10) R. Boudon y F. Bourricaud, *Dictionnaire Critique de la Sociologie*, París 1986, pág. XVI. Citado por Julio Pinto *op. cit.*, pág. 6. (La traducción es mía.)



cialismo cubano y, podría decirse, es punto de inflexión para estudiar la década de mayor grado de experimentación independiente y búsqueda de la Revolución cubana. Me refiero a la década de los años sesenta.

«Con motivo de celebrarse el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Fidel Castro recordaba la necesidad de asimilar la cultura universal y de hacerlo desde los presupuestos y objetivos del conjunto socio-histórico latinoamericano. Esta doble relación es posible, entre otras causas, debido a la calidad histórica de la Revolución cubana que significó una reapertura al marxismo genuino en el continente. Y así sabemos que toda la reflexión crítica de las ciencias sociales en relación a nuestra América debe tender a la integración de una inteligencia que sea capaz de comunicarse con el proceso revolucionario de este tiempo (11)».

Encabezar el prólogo a la edición cubana con el párrafo anterior no es casual. En él se rescatan dos líneas políticas presentes a lo largo de la década anterior, el afán latinoamericanista de la Revolución cubana y la asimilación de todas las corrientes marxistas existentes en la época.

Visto desde hoy, y con el acumulado de experiencias en las décadas posteriores, es posible afirmar que entre los intelectuales de las ciencias sociales y en la élite política cubana han estado latentes dos posiciones frecuentemente enfrentadas aunque su expresión concreta en la realidad haya debido esperar acontecimientos muy precisos (12).

De una parte, la posición que defiende, podríamos decir, una autonomía y originalidad en la percepción y aplicación del marxismo, y de igual forma en el grado de experimentación en las transformaciones sociales y sobre todo culturales en la Revolución cubana. De otra, los que por una formación

---

(11) Prólogo *op. cit.*, edición cubana de *Economía y sociedad* del Instituto Cubano del Libro, pág. VII.

(12) Por ejemplo, el proceso de discusión entre la dirección política y el grupo de intelectuales partícipes de la revista *Pensamiento crítico* y del Departamento de Filosofía que concluyó con el cierre de la revista y la prohibición a ese grupo de que ejerciera el magisterio en la Universidad de La Habana a principios de los años setenta. También recientemente a raíz del V Pleno del Partido Comunista cubano (marzo de 1996), cuando se enjuiciaron duramente y de manera pública las funciones de los intelectuales del Centro de Investigación Centro de Estudios sobre América, a resultas del cual se separaron de sus puestos y fueron dispersados y reubicados en diferentes instituciones, al igual que en el proceso anterior.

anterior al triunfo de la Revolución y por su afiliación política al Partido Socialista Popular (nombre del partido comunista cubano antes del triunfo) percibían la realidad cubana y la lógica de sus transformaciones bajo la óptica del modelo soviético y de Europa Oriental, cuya manifestación teórica era la del marxismo surgido dentro de la ex URSS a partir de la década de los años treinta (marxismo estalinista).

Las dos tendencias han mostrado una altísima fidelidad a la Revolución cubana. Se trata de dos tendencias dentro de la izquierda que de acuerdo a las coyunturas internas y externas del proceso revolucionario han logrado mayor o menor grado de legitimidad en el ámbito intelectual y político cubanos (13).

En ningún caso, se han logrado demostrar las supuestas posiciones revisionistas de la tendencia que ha defendido la autonomía y originalidad de la Revolución cubana, y muestra de ello es que en ningún proceso de discusión han resultado sancionados políticamente, aun cuando se tomaran medidas administrativas en cada ocasión.

El quinquenio 1971-1976 pasó a la historia en Cuba como el «quinquenio gris» para el arte y la creación artística en general. Es un periodo de reordenamiento del socialismo cubano desde un modelo de experimentación más autónoma a un alistamiento hacia la aceptación del modelo soviético de construcción socialista en todos los órdenes. Pero es necesario detenerse en los antecedentes de este periodo. Es decir, explicar las posibles causas para el cambio de un modelo de conducción social a otro. En términos estrictos de la producción cultural, sería el cambio de un modelo de autonomía relativa del campo intelectual, a un modelo de heteronomía política del campo intelectual, según demuestra el joven sociólogo cubano Alejandro Campos en su investigación de las artes plásticas (14).

---

(13) No creo que coincidan estas tendencias con lo que desde el exterior se clasifica entre partidarios de la línea dura y los liberales, aunque pueden existir figuras en esa clasificación que correspondan a las dos tendencias de izquierda que venimos comentando. La clasificación desde Occidente se refiere más bien a la división entre funcionarios o intelectuales más apegados a la doctrina y los que podían ser catalogados de tecnócratas con la acepción supuestamente aséptica del término.

(14) Alejandro Campos García, *Viaje a la semilla. Institucionalización del campo de las artes plásticas en Cuba (1976-1986)*, Tesis de Diploma (curso 1996-1997), capítulo 2, apartado 2, págs. 31 y 32.

En la primera década de los años sesenta, la adhesión popular al proyecto por el cambio radical en diferentes órdenes de la sociedad —expansión del empleo y del consumo, creación de escuelas, asistencia médica gratuita y alfabetización masiva, acceso a lugares antes exclusivos de la burguesía, castigo a criminales de la dictadura, penalización de muerte a quien robara al erario público, entre otras medidas— creó un fuerte sentido de legitimidad de la Revolución cubana. Los valores dominantes en la conciencia social eran atravesados por una fuerte confianza en la nueva dirección del país. Por ello las movilizaciones para la producción y la defensa que involucraban a la mayoría de la población con altos niveles de entrega al trabajo y a las tareas orientadas, eran cotidianas y masivas. Se pensaba que el sacrificio de entonces aseguraría, en pocos años, el bienestar y el florecimiento de la nación en todos los órdenes. La percepción de ser dueños de ese destino, potenciaba las fuerzas del sujeto social tradicionalmente marginado de las decisiones políticas.

La creación de grandes organizaciones de masas en los primeros años sirvió para agrupar intereses y organizar «las poleas de transmisión» en la comunicación del gobierno con las bases a partir del sentido que tiene esta frase en las experiencias conocidas de transición al socialismo. A la cabeza de esas organizaciones fueron designados funcionarios que no constituían —salvo en el caso del dirigente del movimiento sindical Lázaro Peña— líderes representativos de los intereses de cada sector social. La ausencia de la mayoría de ellas en el periodo prerrevolucionario favoreció la delegación del poder en personas fuertemente vinculadas a la nueva dirección política que sí era percibida, en esos momentos, como garante de los intereses de las grandes mayorías. La inexperiencia en la conducción social de gobernantes y gobernados unía en un discurso altamente emancipador las voluntades del sujeto político y del sujeto social.

Las medidas de beneficio a las grandes mayorías en los primeros años y los niveles de socialización política en los órdenes de la producción y la defensa —sin precedentes en la historia anterior en Cuba— explican el vuelco de una sociedad permeada profundamente por el anticomunismo hacia otra sociedad que asume la construcción del socialismo y el comunismo, sólo dos años después de derrotada la dictadura batistiana.

La Universidad de La Habana, centro intelectual altamente sensible a la vida política nacional —antes y después de enero de 1959— experimentó los cambios liberadores leyendo desde Mao a Marcuse, sobre el estalinismo y el existencialismo en un

debate ideológico que no excluía ninguna corriente marxista o de izquierda. Numerosas publicaciones de esa época reflejaban ese afán universal y latinoamericano, con una apertura que fue decreciendo paulatinamente. Entre 1971 y 1972 se publican dos clásicos de la sociología occidental —Weber y Durkheim— con sendos prólogos, que si bien marcan las diferencias ideológicas con el proceso cubano en marcha, mantienen un diálogo respetuoso e inteligente con sus obras (15).

En esa década también se producen las discusiones teóricas y públicas más relevantes de la transición cubana. Los temas giraron alrededor de los métodos de gestión económica: papel de la ley del valor en la planificación socialista, incentivos materiales y morales, etcétera, y sobre los métodos de enseñanza del marxismo (a partir de los manuales soviéticos o de las obras directas de los autores clásicos). Sin embargo, en el orden económico, dominó la concepción de «desechar» la ley del valor en la planificación socialista y sobredimensionar el estímulo moral. Dos principios convertidos en esenciales del proyecto cubano.

En lo referente a la enseñanza del marxismo, dominó la opinión de utilizar los manuales soviéticos sobre la reflexión directa desde los textos clásicos. Así, la enseñanza del marxismo se expandió a todo el sistema de enseñanza en la segunda mitad de los años setenta, apoyándose en la lectura de los manuales y utilizando parcialmente los textos de Marx, Engels y Lenin. A esto se agregaría la práctica de excluir a cualquier otro pensador marxista o de izquierda para la instrucción y reflexión social si no pertenecía a la escuela soviética oficial o de otros países socialistas. Esa política tuvo su correlato en las decisiones acerca de lo que se publicaba en el país.

De esta forma, en los años setenta se hizo oficial en la sociedad cubana la versión estalinista del marxismo y el leninismo, similar al discurso dominante en los países del «socialismo real». Esa concepción permeó, con mayor o menor grado de profundidad, la conciencia social reduciendo y adaptando la reflexión teórica y los códigos de la práctica política

---

(15) En 1960 el Instituto Cubano del Libro publicó *La imaginación sociológica* de C. Wright Mills con prólogo del sociólogo argentino Gino Germani. En 1973 al Editorial de Ciencias Sociales publica *El funcionalismo en la sociología norteamericana*, con prólogo de la socióloga Ileana Rojas Requena. Se trata de fragmentos de obras de los sociólogos norteamericanos G. C. Homans, C. W. Mills, T. Parsons y R. K. Merton. Las críticas de la socióloga cubana y la filósofa soviética Galina M. Andreieva al funcionalismo son una muestra del cambio de paradigma en las ciencias sociales cubanas aunque su expansión definitiva a la academia cubana se produzca a partir de 1976.

a esos términos. El pensamiento social cubano de los últimos 30 años es deudor de esa realidad y sólo comienza a variar en los años noventa, con la apertura a otros paradigmas académicos.

Es explicable —por las razones que venimos comentando— que la obra de Weber quedase «congelada» en los términos en que se había accedido a ella en los trabajos de los años sesenta y en el prólogo cubano a la edición de *Economía y sociedad*. Precisamente, avanzada la década de los setenta y en las décadas siguientes nuevos estudios sobre Weber cambian la perspectiva que sobre el sociólogo alemán existe en los años sesenta, pero ya esa información no llega a Cuba, debido a los cambios que se operan en la isla.

Esa reflexión se convierte en inaccesible para el lector cubano. Las razones del cambio del socialismo cubano hacia el modelo soviético son, desde mi punto de vista, de índole sustancialmente económica y, desgajadas de esas condicionantes, la necesidad de aceptar el tipo de ordenamiento del modelo soviético en el resto de las instituciones sociales, a cambio de una ayuda más cuantiosa y sistemática del ex campo socialista. Como ese análisis desborda los objetivos del presente trabajo, sólo apuntaré que la dirección política de la Revolución cubana consideró erráticas las políticas de gestión económica desarrolladas en los sesenta y su punto culminante fue el fracaso de la zafra de los 10 millones en 1970 y la desarticulación del sistema económico que produjo el esfuerzo por alcanzar esa meta. La etapa de experimentación social había llegado a su fin.

En 1971 y 1972 Anthony Giddens publica dos libros sobre Weber, *El capitalismo y la moderna teoría social* y *Política y sociología en Max Weber*. En la introducción al primero de estos libros señala que uno de sus objetivos es «mostrar la sustancial irrelevancia» del debate que han llevado a cabo hasta entonces liberales y marxistas en su búsqueda de una teoría general de la sociedad. Entiende por eso que la obra de estos autores no puede ser vista como una dicotomía, sino «como una confrontación entre formas alternativas de la teoría social», y para terminar el segundo libro escribe que «la obra de cualquier pensador social expresa el contexto social y político concreto en el que vivió, pero también encarna concepciones susceptibles de una aplicación generalizada» (16).

---

(16) Julio Pinto, *op. cit.*, pág. 12.

El sociólogo francés Pierre Bourdieu dirá en 1983:

«La oposición entre Marx, Weber y Durkheim tal como es ritualmente invocada en los cursos y las disertaciones enmascara que la unidad de la sociología está quizás en este espacio de posiciones imposibles cuyo antagonismo, aprehendido como tal, propone la posibilidad de su propia superación. Es evidente, por ejemplo, que Weber vio lo que Marx no veía, pero también que Weber podía ver lo que Marx no veía, porque Marx había visto lo que había visto.

»Una de las grandes dificultades en sociología es que a menudo es necesario inscribir en la ciencia aquello contra lo cual se construyó en un primer momento la verdad científica. Contra la ilusión del Estado árbitro, Marx construyó la noción del Estado como instrumento de dominación. Pero, contra el desencanto que opera la crítica marxista, hay que preguntarse, con Weber, cómo el Estado, siendo lo que es, llega a imponer el reconocimiento de su dominación» (17).

Esta visión de complementariedad en la aprehensión de la obra de Max Weber y Carlos Marx está presente en los sectores más avanzados de la academia cubana, aunque diste mucho de ser la posición consensual a la hora de tratar a las dos figuras centrales de la sociología clásica. En parte por desconocimiento, téngase en cuenta que el Departamento de Sociología se cerró en 1976 y el materialismo histórico en clave soviética sustituyó la enseñanza de la sociología, considerada una ciencia burguesa. También, varias generaciones de profesionales de las ciencias sociales cubanas se formaron en la ex Unión Soviética, bajo principios similares, recibiendo el legado occidental —a excepción de Marx— como algo sin acierto, sin valía intelectual y «mal intencionado», léase con interés en socavar al «socialismo real», por lo tanto como «el enemigo», un síndrome que empobreció el bagaje teórico de las generaciones de profesionales de las ciencias sociales formados entre 1976 y 1990 en el país y fuera de él, con raras excepciones de aquellos que accedieron a estudiar a varios países latinoamericanos durante esos años.

Pero el prólogo de Germán Sánchez es un texto portador del *ethos* de la etapa que se cierra en el 71 y 72. No sólo porque en él se expresen las ideas sobre la autenticidad de la Revolución cubana o porque se observe la figura de Weber como un

---

(17) Pierre Bourdieu, «Puntos de referencia», en *Cosas dichas*, Gedisa, Colección El Mamífero Parlante, 1993, pág. 45.

intento de refutación del marxismo, sino también por sus reflexiones en torno a la neutralidad que exigía Weber al investigador en el terreno valorativo y por la manera en que se respeta la integralidad de la obra del sociólogo para su comprensión. Examinemos con más detenimiento los dos últimos aspectos.

El intelectual cubano cuestiona a aquellos críticos marxistas que le reprochan a Max Weber no haber aceptado las demostraciones contenidas en los estudios de Marx y con ello desechan el saber acumulado de su obra. Frente a ellos, Germán Sánchez propone:

«La primera tarea que debe cumplir el crítico marxista de Weber es conocer y descifrar la coherencia interna de su discurso, las claves conceptuales en que se apoya y, lograda esta comprensión, hacer su evaluación no sólo para elucidar en qué se diferencia del marxismo sino también —y sobre todo— para refutar las claves teóricas que le permiten justificar con una argumentación compleja y rigurosa la continuidad y capacidad de integración del sistema burgués» (18).

Esta práctica de rigor —aún signada por el debate ideológico de la época en las ciencias sociales—, fue decreciendo en la medida en que se asumió el paradigma del modelo soviético en el «hacer» de las investigaciones sociales cubanas.

Todo pensador que no presentase las credenciales de asumir la concepción de Marx y además no estuviese validado en las Ciencias Sociales de la ex URSS, fue objeto de interpretaciones arbitrarias —salvo escasas excepciones—, quiero decir, al margen de su contexto histórico y sin ese afán de estudio integral de la obra que observamos en la producción y la enseñanza de las ciencias sociales de la década de los años sesenta en Cuba.

En otros muchos casos, los autores quedaron en el olvido. No sólo clásicos y contemporáneos de la sociología, sino también toda la producción del marxismo occidental.

Al margen de la gestión personal de los intelectuales por utilizar o acceder a la obra de autores occidentales, la política editorial, las instituciones encargadas de validar el conocimiento científico (tribunales permanentes de grados científicos, de ca-

(18) Germán Sánchez, Prólogo a la edición cubana de *Economía y sociedad*, pág. XI.

tegorías docentes, o consejos científicos), así como los programas de enseñanza de las ciencias sociales realizaron sus funciones bajo la óptica del modelo soviético, tanto en el ordenamiento de las instituciones como en la manera de construir y validar la producción intelectual.

### **La neutralidad axiológica en Weber**

Es cierto que entender —desde la sociedad cubana de finales de los años sesenta— la posición de Weber con respecto a la neutralidad valorativa del investigador frente a su objeto de estudio, resultaba extraordinariamente distante y «sospechoso» para intelectuales cuyo compromiso político les hacía tomar partido de manera cotidiana en todos los aspectos de su práctica social, incluyendo la reflexión teórica. No obstante, la intención explícita del prologuista cubano era: «Por supuesto (...) tampoco en ésta temática [la neutralidad axiológica cede] a la tentación de introducir juicios personales; de acuerdo al objetivo de esta información nos ceñiremos a ofrecer un resumen de las exposiciones positivas».

Con esta premisa, nos describe la metodología weberiana delimitando la referencia a evaluaciones de los juicios de valor y explicando las fases de la investigación en las cuales las referencias a los valores de una comunidad o de una sociedad definen las preguntas y las hipótesis de la investigación, luego la construcción de los tipos ideales y la búsqueda de las causalidades adecuadas o accidentales del objeto de investigación definido para entender, interpretándola, la acción social.

No hay análisis crítico de las categorías weberianas de la mano de Germán Sánchez. Sin embargo en relación tipo-ideal y al concepto de racionalidad, hay una evaluación de las consecuencias ideológicas de ambos conceptos. En el primer caso, la insuficiencia estaría dada en que los tipos ideales podrían aplicarse a regímenes sociales diferentes, por ejemplo el régimen carismático y el régimen burocrático, es decir, lo reprochable sería la capacidad generalizadora o factible de generalizar siempre que se diesen la pluralidad de factores para su despliegue, insuficiencia que no vemos hoy de igual forma.

Sin pretender una explicación exhaustiva de un régimen político, los tipos de dominación/legitimidad descritos por Weber siguen teniendo el potencial explicativo que ofrece un referente con el cual contrastar los principios de ordenamiento de las burocracias contemporáneas aunque no se agote con ello la posibilidad de otros enfoques. En las experiencias his-



tóricas de las sociedades postcapitalistas de este siglo, los modos en que se organizaron y funcionaron las burocracias presentaron muchos de los rasgos descritos por Weber respecto a los tipos ideales de dominación tradicional, racional-legal e incluso carismática.

Otro tanto sucede con el concepto de racionalidad. Dice el autor cubano:

«El concepto de racionalidad —concepto filosófico-histórico— muestra sin reservas los objetivos exactamente contrarios a Marx hacia los que apuntan las investigaciones de Weber: justificar la naturaleza del capitalismo, su posibilidad de superación interna y, por ende, su incaducidad (...) descubre por otra parte la trampa subyacente en la metodología —de la que fue su artífice— que sostiene la necesidad de relaciones neutrales del científico social (el sabio) con los valores» (19).

En primer lugar, Max Weber nunca pronosticó como «deseable» el proceso de racionalización creciente de las sociedades industriales, más bien, como el autor cubano también escribe, a Weber le asusta que el proceso de racionalización en las relaciones externas a los individuos llegue a interiorizarse y se esterilice el «alma humana» con la burocratización, la dominación y el utilitarismo técnico. En realidad, Weber entendió que en una sociedad socialista la racionalización sería un proceso más intenso porque la burocratización aumentaría proporcionalmente a las funciones que se le adjudicarían al Estado. ¿Estaba errado Weber al deducir que la estatalización de la propiedad elevaría considerablemente el número de funcionarios para su dirección? (20).

Refutar un enfoque teórico por sus implicaciones ideológicas, es un ejercicio plausible si va acompañado de una demostración de la incapacidad explicativa de ese esquema conceptual para dar cuenta de los procesos históricos reales. Sería necesario demostrar que no ha existido un proceso de secularización creciente en los siglos XIX y XX en Occidente en el que la ciencia y sus desarrollos han cobrado una significación tan poderosa como antes la tuvo la teología, es decir, que tal

(19) Prólogo a la edición cubana, pág. XII.

(20) Otros procesos mostraron que la racionalidad instrumental que describía Weber como propia de Occidente permeó las experiencias socialistas: la ética productivista, la estructura jerárquica bien delimitada entre gobernantes y gobernados, la reproducción de la división social del trabajo igual al capitalismo aun cuando se eliminara la propiedad privada.

proceso de racionalización no se constata ni en el imaginario social, ni en las instituciones, ni en las prácticas sociales de las sociedades industriales, y en ese sentido el valor de la crítica tendría mayor trascendencia en la producción intelectual y en la actividad política. No son suficientes las declaraciones; faltan los argumentos.

No es una paradoja que Weber defendiera la neutralidad axiológica precisamente inmerso en la actividad política. En los años 1905 y 1909, el sociólogo alemán convocado a participar en la Asociación de Política Social —foro de intelectuales, políticos y funcionarios— en la cual se debatían las políticas de transporte, laboral, social, de reforma de los organismos de gobierno, y enfrentado a los intereses más conservadores diría: «En lugar de enmascarar los juicios de valor bajo un ropaje científico, las ciencias sociales deben hacer explícitas las opciones de valor que están detrás de las controversias públicas de la sociedad moderna y permitir que la gente tome decisiones adecuadas en función de sus propios valores, evitando así sugerirle de una manera semiautoritaria soluciones cuasiobjetivas de los problemas sociales». (21).

La función social de la ciencia era para Weber esclarecer las opciones posibles y analizar las consecuencias derivables para que las decisiones tuviesen un carácter racional.

Desencantar el mundo es la propuesta de Weber, y hacerlo de modo tal —con una ética de responsabilidad— que aporte un conocimiento especializado para la autorreflexión social. Ofrecer esa parte del saber que sirve a una comunidad para pensarse a sí misma aunque no sea, por supuesto, —hoy lo sabemos— el único saber disponible y viable para desarrollar la autoconciencia social.

Varias décadas de discusión epistemológica han hecho evidente que la manera de permanecer en el terreno de la objetividad es precisamente explicitar los recorridos intelectuales y extra-intelectuales conscientes que llevan a un investigador a plantearse un problema, o dicho de otro modo, declarar los prejuicios que sobre el objeto de estudio se tiene. En esa práctica, por ejemplo, el discurso feminista ha sido elocuente.

Pero la exigencia de Weber de mantener separado lo que pueda ser deseable, bello, bueno, justo o todos sus contrarios en

---

(21) Citado por Juan Carlos Torres en la Introducción a *Ciencia y Política* de Max Weber, Centro Editor de América Latina, Argentina, 1991, pág. 16.

los fenómenos estudiados sigue teniendo igual pertinencia en la perspectiva sociológica. Y son esos juicios de valor los que el sociólogo alemán instó a desechar en la producción del conocimiento, consciente de la dificultad que entraña sustraerse a los valores cuando de lo que se trata es de comprender las acciones significativas desde el punto de vista cultural.

En la labor pedagógica la neutralidad valorativa es aún más importante. En la medida en que la producción de un investigador social estará ineludiblemente sometida a la crítica de otros investigadores, de la comunidad científica, se hará opcional suscribir sus aseveraciones de índole personal. En cambio, tiene razón Weber en fustigar a aquellos que se arrojan «el derecho a soltar desde la cátedra unos veredictos decisivos y “en nombre de la ciencia” sobre cuestiones ideológicas, aprovechándose del hecho de que, por un privilegio del Estado, las aulas les conceden un silencio aparentemente objetivo, incontrolable, que los protege de la discusión y, en consecuencia, de las contradicciones» (22).

Difícilmente puedan ocultarse las simpatías intelectuales o las preferencias teóricas en el ejercicio profesoral. Se trata de no abusar de la autoridad que confieren profesión e institución en un ámbito que difícilmente podrá ser cuestionado en virtud de la relación asimétrica estudiante-profesor. Es también una posición ética a retener en la práctica profesional de hoy.

Era difícil compartir esta postura weberiana en la Cuba de los años sesenta y principios de los setenta. La opción por el marxismo era explícitamente asumida y conscientemente proclamada. Las diferencias entre la etapa que se cierra en los años 1971 y 1972 y las décadas posteriores son sin embargo muy significativas.

En los años sesenta todas las corrientes marxistas tienen entrada en Cuba a través de las publicaciones de los programas de la enseñanza universitaria, y la reflexión teórica de los intelectuales cubanos. Por otra parte la sociología occidental, aún clasificada de burguesa, era evaluada críticamente desde el marxismo pero se conocía e impartía en las carreras de ciencias sociales. A partir del cambio de referente y de modelo económico y político a mediados de los setenta, el marxismo soviético (oficial en la ex URSS) se convierte en la única corriente

(22) Max Weber, «Sobre la teoría de las ciencias sociales» (fragmentos), en *El oficio del sociólogo*, Pierre Bordieu, Jean-Claude Chamboredon, Jean Claude Passeron, Siglo XXI, 1975, pág. 197.

teórica legítima del marxismo y desaparece el resto de los referentes teóricos. O se silencian o se filtran a través del prisma de la academia soviética oficial. Los autores latinoamericanos son también olvidados.

Este panorama comienza a cambiar a mediados de los años ochenta. A través de algunas publicaciones periódicas, por ejemplo, la revista *Criterios* dirigida por el intelectual cubano Desiderio Navarro, entran autores de la teoría cultural: filósofos, estetas, sociólogos de la cultura (o entendidos de esa manera) y toda la discusión y los autores relevantes de la discusión posmoderna.

Esos autores son leídos curiosamente (23) por estudiantes y profesionales de las artes plásticas cubanas y por profesores de la Facultad de Letras y Artes, encargados de la teoría literaria o de la historia del arte, pero sólo a partir de los noventa entran al espacio de las ciencias sociales, junto a otros autores españoles, latinoamericanos y norteamericanos.

Al mismo tiempo, las figuras clásicas de la sociología occidental y contemporánea comienzan a ser tratadas en términos de sus aportes a la reflexión teórica actual. Es muy valioso en esta apertura el intercambio académico e investigativo con las universidades españolas. Se retoman también las corrientes marxistas y autores excluidos en los setenta y primera mitad de los ochenta, en especial Gramsci, la Escuela de Francfort y Habermas.

Este ambiente de apertura no ha dejado sin efecto los mecanismos de control sobre las ciencias sociales. La capacidad de crítica en la producción intelectual está estrictamente acotada

---

(23) Las generaciones de artistas plásticos de la década de los ochenta muestran un interés acusado por todas las corrientes más avanzadas de la creación artística a nivel internacional. En ese sector de la cultura se encuentran las posiciones más avanzadas en información y más radicales en retomar el *ethos* revolucionario de los sesenta, es decir el arte como medio de transformar la realidad social. Un «reviva la Revolución» con críticas muy radicales al arte complaciente y a la inercia social de la década anterior en Cuba. A la vez, por el impacto de la *perestroika* un cuestionamiento de las prácticas políticas y los valores incorporados por la aplicación del modelo soviético a la sociedad cubana. En la segunda mitad de los años ochenta el movimiento *Arte calle*, y las numerosas exposiciones de artistas plásticos se convierten en verdaderos acontecimientos político-culturales que estremecen La Habana y conmocionan el ambiente intelectual y el diálogo entre artistas y funcionarios del Ministerio de Cultura, o con figuras clave de la política cubana que culminan en una tensión insostenible para la estabilidad política del país. La solución será la de permitir la salida masiva de los sectores más radicales al exterior.

y controlada, es una exigencia institucional incluir los documentos oficiales del Partido en los programas de estudio, y todo cuestionario a aplicar en una investigación social debe ser analizado, evaluado y aprobado por diferentes instancias políticas.

### **La visión de Weber desde la perspectiva de Robin Blackburn**

En 1969 se publica en la revista *Pensamiento crítico* «Introducción a la cultura burguesa». La intención del autor es «identificar la ideología prevaleciente en el campo de las ciencias sociales tal como se enseña en las universidades y liceos británicos. Espero demostrar que esta ideología defiende consistentemente la ordenación social existente en el mundo capitalista. Trata de suprimir la idea de que existe o pudiera existir una alternativa preferible» (24).

En sus 48 páginas Blackburn va a criticar varios conceptos y enfoques de la escuela funcionalista. Nuestro objetivo es extraer de su reflexión los conceptos referidos a la obra de Weber: sociedad industrial, burocracia y carisma.

Las dos líneas de análisis sobre la sociedad industrial son: la supuesta manipulación que existe al utilizar el término para describir a países socialistas y capitalistas. Por otra parte, cómo el funcionamiento real de las burocracias no es como Weber las vio incluso en el capitalismo.

El primer error, desde mi punto de vista, es igualar la visión de Parsons y Weber sobre la sociedad industrial, a pesar de citar las discrepancias del primero con respecto al segundo. Parsons señala «lo inadecuado» de las interpretaciones prevalecientes sobre el capitalismo y que, además, catalogar de capitalista a los EEUU «fue enormemente inadecuado» (25).

Inmediatamente, Blackburn agrega: «Parsons evade el término capitalista, sin duda porque sus tonos críticos están en resonancia con sus “sentimientos de justicia y apropiación” al igual que los de Weber» (26).

---

(24) «Introducción a la cultura burguesa», *Pensamiento crítico*, 34/35, La Habana, 1969, págs. 3 y 4.

(25) *Idem*, págs. 16 y 17.

(26) *Idem*, pág. 17.

Ya hemos comentado la tendencia de la época a igualar las dos figuras. Sobre los dos autores hay efectos de dominación ideológica, según la clasificación de Göran Therborn (27). Mientras en Weber hay una postura de resignación (el proceso es inevitable pero no me parece deseable), en Parsons es evidente la obsesión por el orden, el miedo a la inestabilidad política que afecte a la integración del sistema.

La crítica de Blackburn a Raymond Aron por igualar en el concepto de sociedad industrial a países socialistas y capitalistas no aparece. Señalar que se igualan en el concepto y no argumentar por qué, por ejemplo, la sociedad soviética de la época (1969) no podía calificarse con rasgos similares a las sociedades capitalistas occidentales, es declarativo pero no reflexivo. En el texto de Blackburn la sociedad soviética se trata sólo para referirse al estalinismo (como un mal, debido a las condiciones históricas en que surge). En cambio, la experiencia china es mencionada con simpatía evidente. Recuérdese que en esos momentos en China está ocurriendo la «revolución cultural» y los intelectuales de izquierda de Occidente no tienen acceso a información que les descubra las arbitrariedades del proceso. Había que esperar a 1991, veintidós años más tarde, para leer, de la mano de este mismo autor, las reflexiones sobre las experiencias de China y el «socialismo real» (28).

Con respecto a la burocracia, Blackburn describe el tipo de dominación legal racional de Weber y culmina su descripción afirmando que, según investigaciones recientes, la organización burocrática no funciona realmente de acuerdo con los rasgos descritos por el sociólogo alemán. Es imprescindible retener que el concepto de tipo-ideal no es para Weber algo existente en la realidad, es una construcción ideal que nos sirve para ordenar determinados rasgos y luego contrastarlos con la realidad empírica. Por otra parte, cuando analizamos los principios *formales* de las instituciones burocráticas de la actualidad podemos constatar esos rasgos en el discurso que sobre sí mismas construyen hacia el exterior. Bien sabemos que los reglamentos del funcionamiento de las instituciones son el marco límite, donde las prácticas reales tienen contenidos bien diferentes.

---

(27) Göran Therborn, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, 1987, pág. 75.

(28) Robin Blackburn, *Depois da queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*, Editorial Paz E Terra, Brasil, 1992. Ver el trabajo de Blackburn «*O socialismo após o colapso*».

El carisma, un pseudo concepto según Blackburn, es criticado una vez más, no desde la descripción de Max Weber sino desde las interpretaciones que otros autores, en la década de los sesenta, hacen de este tipo de régimen.

Los puntos de la crítica se pueden resumir de la siguiente manera:

- 1) Todo apoyo a un líder popular que se rebela contra el *statu quo* se explica en términos de su magnetismo personal.
- 2) No se sigue al líder por sus ideas, programas o acciones sino por sus cualidades personales.
- 3) Todo liderazgo exitoso se basa en cierta inspiración religiosa. Esta crítica Blackburn la hace citando el artículo de Marcuse que también se publica un año antes en Cuba.

Antes de discutir los aspectos anteriores, nos parece necesario recordar que en el debate de la época y en las dos corrientes fundamentales de la sociología, el estructuralfuncionalismo y el marxismo, toda acción que no fuese racional era percibida en términos de oscurantismo, primitiva, atávica y por lo tanto disfuncional (para el estructuralfuncionalismo) o inexistente a la hora de los análisis de los comportamientos de clases (en el marxismo). Así, el mundo afectivo, emocional de la subjetividad individual y colectiva era anatemizado. Desde esta óptica, cada corriente esgrimía contra la otra los aspectos irracionales que podían desprenderse de sus argumentos. Extráingase de la polémica las intencionalidades que se atribuyen a una y otra percepción de la sociedad.

Más allá de la explicación de los valores últimos de cada posición están las «pasiones» de la época. Vuelvo a Max Weber y su definición de dominación carismática. En la descripción incluye los rasgos para líderes de tipo religioso pero también para jefes, disidentes y caudillos. En una definición de tipo-ideal es claro que Weber aspira al mayor grado de generalidad. Aplicados a un líder no religioso, los rasgos según Weber son:

- 1) Debe entenderse por «carisma» la cualidad, que pasa por extraordinaria [...] los menos específicamente extracotidiana y no asequible a cualquier otro.
- 2) Sobre la validez del carisma decide el reconocimiento. Este reconocimiento es, psicológicamente, una entrega plenamente personal y llena de fe, surgida del entusiasmo.
- 3) Si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados, entonces hay la probabilidad de que su autoridad carismática se disipe.

- 4) La dominación carismática supone un proceso de comunización de carácter emotivo. El cuadro administrativo de los gobernantes carismáticos no es una «burocracia», es elegido a su vez por cualidades carismáticas (...) al jefe [le corresponden] en general, los «hombres de confianza» (...) No hay jerarquía sino sólo intervenciones del jefe.
- 5) No existe reglamento alguno, preceptos jurídicos abstractos, ni aplicación racional del derecho orientada por ellos, mas tampoco se dan arbitrios y sentencias orientados por precedentes tradicionales, sino que formalmente son lo decisivo las creaciones de derecho de caso en caso.
- 6) La dominación (...) carismática subvierte el pasado (dentro de su esfera) y es en este sentido específicamente revolucionaria (29).

De lo anterior se desprende que el líder carismático puede no ser religioso, su autoridad es reconocida no sólo por sus virtudes personales sino por el bienestar que otorga a los que dirige (ideas, programa y acciones), y efectivamente hay una carga emocional en la relación de los líderes con sus subordinados.

Todos los movimientos revolucionarios de este siglo han tenido líderes que podrían clasificarse de carismáticos por su relación con respecto al orden anterior, por la necesidad de fundar nuevos principios de organización social sin experiencia en la conducción social (con periodos más o menos largos de improvisación y provisionalidad) con programas de bienestar popular y con dotes personales no comunes.

Veamos una descripción de Ernesto Che Guevara (30) de la relación emotiva, aire que observaba en los años sesenta en la relación de Fidel Castro con el pueblo de Cuba.

«Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de la supeditación del individuo al Estado; la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etcétera. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la Re-

---

(29) Max Weber, *Economía y Sociedad*, tomo I.4, «Dominación carismática», Edición cubana del Instituto del Libro, 1971, págs. 193-197.

(30) «El socialismo y el hombre en Cuba», en *Ernesto Che Guevara. Obras. 1957-1961*, tomo II, Colección Casa de las Américas, 1970, págs. 369 y 370.



---

volución y es explicada al pueblo que la toma como suya (...) Sin embargo, el Estado se equivoca a veces (...) Debemos mejorarlo durante el curso de los próximos años, pero, en el caso de las iniciativas surgidas en los estratos superiores del gobierno, utilizamos por ahora el método casi instintivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados. Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo sólo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el climax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha, y de victoria.»

En tanto desconozcamos la afectividad y la emoción como parte de la subjetividad humana a tener en cuenta en las prácticas sociales, perderemos la oportunidad de entender y explicar una significativa variable, componente imprescindible de las relaciones sociales.

---